

to de la especificidad de la práctica teórica, es que Schmidt llega a identificar la ciencia, o la práctica científica, con la actividad social en cuanto tal, esto es, con el trabajo, por lo que puede afirmar que en Marx, "la forma más elevada de la teoría del conocimiento es la filosofía de la historia" (p. 123).

Es evidente que aquí se han dejado de lado temas importantes tratados por Schmidt, que requerirían cuidadoso examen. Al desarrollar el concepto de naturaleza en Marx, el autor analiza puntos de gran interés tales como la relación entre historia natural e historia humana, la relación entre las categorías históricas sobre la naturaleza y la estructura de esta última, la relación del pensamiento de Marx con el de Hegel y Kant y la relación entre el concepto de utopía y la teoría marxista. De todos modos, los elementos que sí hemos considerado ponen de relieve el interés de la obra de Schmidt y su singular posición respecto de la llamada Escuela de Frankfurt, en la que generalmente se lo sitúa.

CORINA DE YTURBE

Leszek Kolakowski y Stuart Hampshire, *El mito de la autoidentidad humana. La unidad de la sociedad civil y la sociedad política*. Versión castellana de Juan Álvarez, Valencia, Universidad de Valencia, 1976, 44 pp.

El cuaderno número 9 de la Revista *Teorema* contiene dos ensayos publicados originalmente en inglés dentro del volumen colectivo *The Socialist Idea*, editado por los autores que se comentan. En el primero de ellos el filósofo polaco

Kolakowski señala la existencia de un mito en el pensamiento de Marx, su continuidad en las variantes totalitarias del socialismo actual y las razones por las que es impracticable.

A partir de la distinción hegeliana entre sociedad civil y sociedad política se pueden indicar las tesis que las diversas concepciones filosóficas-políticas que influyeron sobre Marx sostuvieron al respecto. Hegel y Lasalle defendieron la separación de ambas sociedades, así como su permanencia. En este punto coincidieron con ellos los liberales clásicos, quienes sin embargo, no daban al estado un valor absoluto y metafísico, sino que lo concebían de manera puramente utilitarista. Los anarquistas, por su parte, buscaban la desaparición de la sociedad política, mientras que los comunistas totalitarios preconizaban la destrucción de la sociedad civil. Kolakowski nos dice que las ideas de Marx acerca de las relaciones entre ambas sociedades tomaron forma en su crítica de estas doctrinas. Tras de resumir los argumentos principales usados por Marx al refutar dichas doctrinas, principalmente por su ignorancia histórica, el autor caracteriza esquemáticamente la tesis ideológica construida por el autor de *El Capital* a la que llama el mito de la autoidentidad humana. En su aspecto social dicha tesis niega la permanencia de la escisión entre la sociedad civil y la sociedad política. En la fase socialista éstas se unirán formando una comunidad en la que, desaparecidos los conflictos de clase, los órganos políticos serán innecesarios. En el nivel individual la división entre sujeto privado y ciudadano, entre existencia personal y existencia colectiva será abolida. Las tensiones entre los intereses personales del ser humano y sus lealtades sociales desaparecerán. Esta restauración de la unidad humana representa

el viejo sueño de Marx: la liberación y desenajenación del hombre.

La segunda cuestión indagada por el autor es el tipo de relación existente entre "la estructura del mundo comunista imaginario y la realidad lóbrega del real" (p. 11), en otras palabras, ¿conduce la idea de la unidad de la sociedad civil y la política "a suponer que cualquier intento de establecer tal unidad produzca presumiblemente un orden de trazos totalitarios fuertemente pronunciados?" (p. 15). Kolakowski nos recuerda que muchos escritores anarquistas, sindicalistas e incluso marxistas han planteado la cuestión, profetizando muchos de los resultados que hoy están ante nuestros ojos. En ellos pueden distinguirse dos tipos de argumentación lógicamente independientes. En uno se considera que si la revolución no encontraba las condiciones económicas y morales apropiadas, produciría el totalitarismo. En el otro se señala que el concepto mismo de socialismo elaborado por Marx contiene "el germen de un orden totalitario" (p. 19).

Siguiendo las líneas de la segunda argumentación el autor expone las razones por las cuales esta crítica le parece justificada. En primer lugar, la pretendida unidad se apoya en la famosa distinción entre "administración de las cosas y gobierno de las personas". Según esto, en la sociedad comunista los órganos públicos estarán dedicados exclusivamente a la administración de las cosas. Sin embargo, el autor nos dice que para planificar el trabajo sólo pueden usarse tres tipos de estímulos: incentivos materiales, motivaciones morales y coacción física. El primero presupone un mercado libre y el segundo una formidable revolución moral del ser humano. El tercero, al igual que el primero, son incompatibles con el programa de Marx y en cuan-

to al segundo no hay razones para creer que sea factible. Las experiencias socialistas muestran que se han utilizado los tres factores, resaltando actualmente la tendencia a que prevalezcan los incentivos materiales. Por todo lo anterior resulta inimaginable como administrar las cosas sin utilizar, controlar y organizar a la gente.

En segundo lugar se plantea la cuestión de los estímulos para la producción. Eliminado el interés privado, la práctica marxista engendrará un "crecimiento canceroso de la burocracia cuasi-omnipotente" (p. 23) muy lejano a la prometida fusión de la sociedad civil y política. Por último, al autor le parece difícil de imaginar qué razones podrían darse para creer que una vez abolidas las clases sociales, desaparecerá el conflicto de intereses privados. Ciertamente surgirían otros órganos políticos de control de la producción que generarían estratos sociales que buscarían incrementar sus privilegios, "a menos... que predigamos una repentina restauración de la naturaleza angelical en la especie humana" (p. 24). El error de Marx fue admitir dos premisas falsas muy comunes: que todo mal humano se origina en las circunstancias sociales (distintas de las biológicas) y que todos los conflictos humanos se reducen a luchas de clase. Sin ellas Marx no hubiera podido sostener su creencia en el hombre unificado.

Todo lo anterior lleva al autor a concluir que no hay razones para creer en la posibilidad real, ni de la unidad humana, ni de la sociedad comunista pensada por Marx. Las condiciones que ello exigiría son implausibles o impracticables. Mas aún, la tendencia histórica actual apunta en una dirección que se aleja de la unidad de la sociedad civil y la sociedad política. En este sentido

Kolakowski cree que la democracia representativa no puede asegurar tal ideal de unidad, lo cual puede sumarse a sus numerosos defectos; sin embargo la democracia tiene por lo menos una virtud: "que nadie hasta ahora ha inventado nada mejor" (p. 28). El ensayo finaliza previniéndonos de que si bien el mito de la unidad no podrá ser erradicado de nuestra cultura, su realización implicará siempre un cruel despotismo.

Kolakowski, antiguo profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Varsovia, fue expulsado de su país en 1968 y en la actualidad se encuentra en Oxford. Conocedor directo y crítico de las experiencias socialistas, se alinea entre quienes no creen en la compatibilidad de la democracia con el socialismo de Marx, tema que ha cobrado una candente actualidad con obras como las de J. F. Revel, André Glucksmann, B. H. Lévy y N. Bobbio (Véase la reseña de A. Martino en este mismo número).

El segundo ensayo "La unidad de la sociedad civil y la sociedad política", lleva el subtítulo de "Réplica a Leszek Kolakowski", pero en realidad no es réplica, ya que Hampshire declara su acuerdo con las conclusiones de Kolakowski. Mas bien intenta desentrañar las fuentes filosóficas de tal mito, sacando algunas conclusiones sobre el futuro de la teoría socialista.

Comienza por señalar los antecedentes hegelianos de Marx, subrayando en particular tres rasgos que caracterizan a su socialismo científico. El primero es la omnicomprensión de la teoría, en el sentido de que pretende explicar todos los hechos sociales y señalar su lugar a cada una de las ciencias humanas. El segundo es que es una teoría de la salvación humana que pretende responder a todos los problemas esenciales del hombre y abarcando a todas las ciencias humanas. Por

último, en el pensamiento de Marx no hay lugar para el desarrollo de las ciencias humanas empíricas. Parecía creer que sus diagnósticos de los males sociales eran definitivos. Todo esto descansaba en una teoría del conocimiento paupérrima. El autor dice expresamente que no propone un retorno al empirismo clásico, pero si partir del hecho de que no disponemos del tipo de conocimientos que necesita tener un planificador social "si la planificación central de un gobierno ha de ser un proceder racional y responsable" (p. 37). El autor rechaza la doctrina liberal de la mano oculta, sin que eso signifique que crea contar con una justificación racional de la necesaria planificación a gran escala, ya que ni siquiera está seguro de que pueda existir. Le parece que cualquier teoría social que quiera ser una guía comprensiva para la acción, en la medida en que sea científica, no será comprensiva.

Haciendo a un lado las teorías de la salvación religiosas, ilustradas o marxistas, y las utopías, afirma que hay que aceptar que el progreso de las ciencias sociales las hará más especializadas y menos abarcales. "La necesidad predominante, desde el punto de vista filosófico, es explorar las razones de nuestra ignorancia en las ciencias sociales y humanas" (p. 43). Por ello, el autor termina señalando que debemos reconocer el fracaso de las ciencias sociales en la planificación, sobre todo debido a que se apoyaban en una filosofía de la historia que prometía el advenimiento de la salvación total mediante la política.

En nuestra opinión las ideas de Hampshire constituyen una seria llamada de atención a quienes creen que la sociología, la economía o la política están en condiciones de justificar soluciones generales a los graves problemas de

nuestro tiempo. El método de la ingeniería social, del ensayo y el error sigue siendo el único camino racional frente a las ideologías totalizantes y totalitarias.

JAVIER ESQUIVEL

Norberto Bobbio, *Quale socialismo?*, Einaudi 1976 (109 páginas).

"The Sciences, are small Power; because not eminent, and therefore, not acknowledged in any man; nor are at all, but in few; and in them, but of a few things". A pesar de cuanto digamos, más o menos todos pensamos como Hobbes en el *Leviatán*, y cuando aparece un libro de carácter científico y se mantiene por espacio de cuatro meses entre los tres más vendidos en un país, nos sentimos sorprendidos. Y bien, esta ha sido la suerte del pequeño libro del profesor de filosofía política de la Universidad de Turín. De este libro se han ocupado los diarios, las revistas, la radio y la televisión italianas y no sólo como sucede generalmente las revistas especializadas y los libros de los colegas. Los dos artículos que desencadenaron la avalancha polémica (el segundo y tercero del libro) ya han sido traducidos al español.¹ Políticos e intelectuales, no sólo italianos, se han sentido en la obligación de decir su opinión a favor o en contra de las tesis de Bobbio.

Y ¿por qué tanto ruido? Dejo al lector el trabajo de analizar los factores "externos" y trataré sólo de los "internos" al libro. En verdad se trata de seis artículos (incluyo la introducción), el pri-

¹ N. Bobbio, "Democracia representativa y teoría marxista del Estado", *Revista Sistema* nº 16, Madrid, enero de 1977, pp. 3/31.

mero escrito en 1973 y los restantes entre fines de 1975 y fines de 1976.

Los cinco artículos que forman el cuerpo del libro, llevan títulos significativamente interrogantes, no obstante que el autor diga en el prólogo no haberlo hecho *ex profeso*: 1) "¿Democracia socialista?", 2) "¿Existe una doctrina marxista del estado?", 3) "¿Qué alternativas a la democracia representativa?" 4) "¿Por qué democracia?" y 5) "¿Cuál socialismo?" Me abandono a la tentación de preguntar a mi vez: ¿se trata de cinco artículos (excluyo el prólogo pues, sin duda, se refiere a todos los demás), o es un discurso unitario dividido en cinco etapas? Me inclino por la segunda parte de la alternativa y hasta sugeriría que se habían previsto las reacciones con una razonable aproximación.

El primer artículo, que había pasado totalmente inadvertido en 1973, comienza con una cita de Umberto Cerroni (célebre teórico marxista italiano, miembro del Comité Central del P.C.I.) en la cual se lamenta del subdesarrollo de los estudios marxistas en materia de política y derecho. Bobbio le da razón, sostiene la inexistencia de una ciencia política marxista, demasiado ocupada en teorizar la extinción del estado como para ocuparse de la construcción del estado socialista, no obstante haber polemizado con los anarquistas justamente sobre este punto. Y va más allá, afirma que si en lo teórico se ha hecho poco o nada, en la práctica, los países socialistas han persistido en lo provisional; y los modelos de socialismo democrático basados en la autogestión terminan por tener los mismos defectos de las "democracias capitalistas". Si el socialismo es difícil, la democracia lo es aún más.

El segundo artículo se abre con la misma cita de Cerroni contenida en el primero. Pero aquí Bobbio es más di-